

Marcelo Cavarozzi.

Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964. La esfera de “protección” de los empresarios industriales: la CORFO, represión a los obreros y la inflación.
Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2017, 150 págs.

El libro *Los sótanos de la democracia chilena, 1938-1964. La esfera de “protección” de los empresarios industriales: la CORFO, represión a los obreros y la inflación* de Marcelo Cavarozzi aborda el período 1938-1964 de la historia chilena, cruzando el despliegue y el acomodo del proyecto de industrialización, centrado en la CORFO, con los desafíos que este planteó al sistema político chileno o, de manera más amplia, a la democracia chilena.

Reconstruir la trayectoria de las instituciones políticas y de los actores políticos para dilucidar su interdependencia y su efecto sobre la democracia es un ejercicio no solo valioso, si no también necesario, principalmente debido a la enorme -tal vez desproporcionada- atención que ha recibido el período posterior a 1970.

La obra consta, según el propio autor, de dos objetivos: 1) mostrar las particularidades del derrumbe del ré-

gimen político autárquico decimonónico; y 2) mostrar algunas pistas de “los sótanos de la política”, ya que ciertos velos habrían ocultado una frustración con la democracia. Específicamente, indaga en el desarrollo político-institucional de la CORFO, proceso que describe con el concepto de *bureaucratic insulation*, y en la exclusión política de la cuestión social -particularmente de los conflictos que involucran a la clase obrera- en un período de volatilidad de las coaliciones, aquejado además por una inflación siempre más incontrolable.

En cuanto al primer objetivo, los tres capítulos muestran aristas interesantes y cruciales del acomodo institucional a la apertura política del sistema político chileno. Siguiendo el concepto de los *critical junctures*, en el período 1920-1934 -abordado en el primer capítulo- el régimen político chileno sufrió cambios en sus instituciones políticas

que se podrían considerar permanentes, palpables hasta en la actualidad, y el autor presenta evidencia convincente y abundante para fundamentar esa hipótesis.

El segundo capítulo pone de relieve un problema bastante actual, a la luz de los debates en torno a la gobernanza económica, y a las fallas de gobierno y de mercado: los desafíos de desarrollar una estrategia estatal coherente, de aislar y a la vez legitimar una agencia estatal (*embedded authority*), y de lograr simultáneamente eficacia y eficiencia. En otras palabras, la economía política del desarrollo basado en mecanismos verticales es una discusión teórica y empírica sin resolver, y la experiencia histórica puede ser un aporte a ella.

El tercer capítulo aborda lo que el autor llama “la trama profunda” del gobierno de los partidos, y la relación entre empresarios (industriales), la represión a los obreros y la inflación. Una vez más, la relación, tanto teórica como empírica, entre inflación y política es aún poco conocida, y el cruce con la represión a los obreros, como uno de los sectores afectados por la inflación, es una aproximación analítica interesante a la problemática.

En suma, el libro aborda temáticas y problemas relevantes e irresueltos, a pesar de que su versión original -en su forma de tesis doctoral- tenga más de 40 años. Un logro no menor. Adicionalmente, los protagonistas de esa trama no estarían a disposición de un investigador en la actualidad, por lo

que las entrevistas documentadas son una valiosa fuente de información. En ese sentido, el libro es un aporte para el entendimiento más cabal del desarrollo político y en menor medida económico de Chile pre-1970.

En cuanto al segundo objetivo, el libro arroja solo una luz parcial sobre los sótanos del poder. El primer problema metodológico consiste en la ausencia de un marco analítico en los primeros tres capítulos, lo que impide sistematizar el levantamiento y la interpretación de la evidencia. En el segundo capítulo, el autor se centra en el análisis de la economía política, pero sin abordar conceptos que hubieran permitido articular mejor las líneas argumentativas ahí tratadas. Se extraña de sobremanera el concepto de *rent-seeking* y todo su desarrollo empírico y teórico en el campo de la Nueva Economía Política (NEP). Asimismo, en el tercer capítulo, se echa de menos un tratamiento más riguroso de los orígenes de la inflación en Chile. El concepto de los ciclos económicos de la política podría haber agregado una dimensión al análisis que hubiera permitido entender (y contextualizar) mejor el dispar desempeño de las políticas antiinflacionarias del período.

Un segundo problema se refiere a la naturaleza disciplinar del libro, que se mueve entre la Historia y la Ciencia Política. La ausencia de un marco teórico explícito y de un tratamiento más sistemático de la evidencia alejan el texto de los cánones metodológicos actuales de la Ciencia Política. Por otro

lado, el tratamiento a menudo acrítico de las fuentes -particularmente de las entrevistas- y la ausencia de una discusión historiográfica más completa, alejan el texto de los cánones metodológicos de la Historia. En ese sentido, especialmente el primer capítulo no les hace justicia a las enormes complejidades que se vivieron y se investigaron en -y para- el período 1920-1934 en la historia política chilena. También se echa de menos un referente crucial del período, el libro ahora ya clásico de Collier y Collier, *Shaping the Political Arena*.

Como último comentario a nivel general, también cuesta ver la articulación entre los distintos capítulos. La metáfora de los sótanos del poder es muy débil para sostener conexiones que no son evidentes. La ausencia de un desarrollo conceptual posterior tampoco ayuda su comprensión, dejando al lector con la sensación de haberse quedado en ascuas respecto a las características, las causas y los efectos de esos elusivos sótanos.

Respecto del argumento mismo del libro, el concepto de *bureaucratic insulation* es central. Hubiera sido interesante ver cómo el autor lo diferencia o lo asimila al de *bureaucratic embeddedness*. Más crítico, sin embargo, es la ausencia de una operacionalización del concepto, por lo que como lector no sabemos cuándo estamos en presencia de ese aislamiento burocrático o no, ni tampoco qué implicancias tuvo para el desarrollo político de Chile. ¿Fue bueno ser enclave? ¿Qué pasa con la legi-

timización del proyecto industrializador? ¿Fue malo que el proyecto tuviera presencia de los grandes empresarios organizados? ¿Se puede hablar de una estrategia industrializadora, es decir un plan de acción con objetivos concretos de largo plazo?

A primera vista, y de acuerdo a la evidencia histórica, las estrategias se deben diseñar e implementar con los *stakeholders* más importantes. Los empresarios, también los grandes empresarios, son *stakeholders* cruciales. La NEP apunta justamente a ese dilema: por un lado, necesitas aislar la política (*policy*) o la estrategia de intereses particulares de los *stakeholders*, pero por otro lado necesitas legitimarla con la participación de ellos y ajustarlos con la ayuda de ellos. El libro no profundiza mayormente en ese dilema y nos presenta más bien actores antagonicos, sin abordar la necesidad de colaboración.

En el tercer capítulo, el análisis está muy centrado en la relación entre la inflación y la represión, (casi) solicitada por el empresariado. Deja de lado, sin embargo, las serias tensiones económicas intrínsecas que poseía la estrategia. Inspirada en el afán de lograr la independencia económica de los países del centro, la implementación de la industrialización sustitutiva rápidamente mostró que la relación de dependencia no se refiere tanto a la dependencia económica *geográfica* -sería absurdo plantear que una economía como la belga no dependiera menos de otras economías que Kenia- sino más bien a la *tecnoló-*

gica. Si la industrialización sustitutiva afectó la “dependencia económica” de los países latinoamericanos, fue agudizándola, ya que los bienes de capital y tecnología importados desde los países del centro eran vitales. Esta dependencia, se puede argumentar, es aún más crítica que la de los bienes manufacturados. La falta de productividad, probablemente fomentada también por el proteccionismo, hizo muy difícil el aumento de los salarios reales. La necesidad de expandir el gasto público, en ese contexto, generó una presión por la emisión de dinero superior al incremento en la productividad. O alternativamente, desde una perspectiva estructuralista, la falta de la modernización agraria hizo aumentar el precio de los comestibles, generando así una presión

estructural inflacionaria. Las tensiones sociales, por el incumplimiento de las expectativas, provocaron reacciones políticas y en consecuencia la represión política de la época se ajusta más a una explicación multicausal que la principalmente monocausal expuesta en el libro.

Con todo, considero que es un libro interesante que nos acerca a un período de la historia chilena cuyo desarrollo político es fascinante además de crucial para entender nuestro presente, pero que, al mismo tiempo -y a pesar del esfuerzo del libro-, se mantiene oculto en las sombras.

ALFONSO DINGEMANS

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE

Mariano Zarowsky.
Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985).
Buenos Aires, Eudeba, 2017, 186 págs.

El libro de Mariano Zarowsky puede ser pensado como un gran contra-relato. Su blanco son los relatos sobre los orígenes de los estudios en comunicación y cultura que con el tiempo se han vuelto una especie de canon, en esta ocasión respecto del caso argentino. Lo que el autor se propuso hacer con la figura de Armand Mattelart en su trabajo¹ sobre el intelectual belga también aparece como propósito central en este nuevo libro: construir una mirada crítica de los discursos que originados en la actividad académica (en la enseñanza, en la divulgación, en los balances propuestos por los protagonistas del campo) han ido reforzando ciertos sentidos cargados de idealizaciones y de anacronismos y, en un mismo movi-

miento, reponer las tramas culturales, políticas e institucionales en las que se desplegaron los principales proyectos intelectuales que surcaron la etapa de emergencia de ese campo de saberes específicos, ubicada entre mediados de la década de 1950 y la transición democrática de principios de los 80.

Desde ese criterio rector Zarowsky logra asomarse a la historia de los estudios en Comunicación y Cultura en Argentina haciendo hincapié en la complejidad, la no linealidad y la indeterminación de un conjunto de prácticas culturales e itinerarios intelectuales atravesados por los valores de la vanguardia, los efectos de la inestabilidad institucional y la interpelación que significó la creciente radicalización política. Prácticas y discursos intelectuales que años más tarde se vieron condicionados por las consecuencias de la derrota política de las izquierdas y el terrorismo de Estado y por la crisis

¹ Zarowsky, Mariano. *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos, 2013.

de los paradigmas que les habían dado un marco de sustentación teórica e ideológica. En este sentido, el producto final cumple con una de las pretensiones pautadas por el propio autor en la introducción del libro: identificar por un lado las marcas de los procesos políticos y culturales en las perspectivas teóricas, los objetos de estudio y las polémicas intelectuales y, al mismo tiempo, comprender la constitución de un campo de conocimiento específico en torno a la comunicación y la cultura como parte de una historia cultural del período en cuestión.

Para abordar esta tarea Zarowsky pone en juego un enfoque teórico-metodológico que se enmarca en la perspectiva del materialismo cultural y encuentra sus herramientas conceptuales en los aportes de autores clásicos de la sociología de la cultura y de la historia intelectual. De ahí que podemos destacar tres nociones que son estructurantes del volumen. Por empezar, la que propone el autor para referirse a la figura específica que constituyeron los promotores de los estudios en comunicación y cultura en su momento inicial. Esos *intelectuales de la comunicación*, que encarnaron proyectos culturales y perspectivas teóricas diversas, se caracterizaron por un desempeño que combinó la actividad académica, la labor en el mercado de libros y revistas y una práctica política encuadrada más o menos orgánicamente. La noción capta el modo en que estos productores culturales provenientes de disciplinas como

las letras, la filosofía o la sociología se abocaron a indagar sistemáticamente las cuestiones referidas a los discursos mediáticos y la expansión de la cultura de masas como forma de intervenir en las disputas políticas e ideológicas del momento. En medio de un clima modernizador y del enaltecimiento de la impronta vanguardista que atravesó a buena parte del campo cultural entre mediados de los 60 y la mitad del decenio siguiente, estos intelectuales forjaron una fuerte vocación por la intervención pública que se apoyó en un conocimiento específico sobre fenómenos que estaban cambiando de plano en la sociedad argentina. En segundo lugar, la noción de *itinerario intelectual* que propone el autor es tan relevante al punto de organizar el trabajo en su conjunto. Los capítulos del libro están dedicados a las trayectorias de Jaime Rest, Eliseo Verón, Oscar Masotta, Héctor Schmucler, Aníbal Ford y Heriberto Muraro. Esta noción le permite a Zarowsky retomar la densidad de cada momento abordado en la trayectoria de estos intelectuales, como enfoque alternativo a la perspectiva que los postula como “padres fundadores” de la disciplina y que por ende contiene una alta carga de anacronismo. La preocupación por esos itinerarios permite además retomar los contextos de emergencia de sus principales producciones, como forma de iluminar sus significados en las circunstancias en las que tuvieron origen. Finalmente, la noción de *tradiciones* le permite al autor ubicar los itinerarios y

la trama de prácticas intelectuales que estos contienen en ciertas corrientes o matrices teóricas, sistemas de valores político-culturales y modelos históricos de la labor intelectual. Marcos de referencia que actúan en ese triple nivel, vinculando prácticas y discursos con un pasado cultural más o menos cercano, en una dinámica de continuidades y rupturas propia de un proceso selectivo. De modo tal, el ejercicio de vincular y contextualizar productores, obras y tradiciones le permite a Zarowsky captar disputas y delimitaciones, pero también cruces y préstamos. Por eso, como el autor demuestra a lo largo de los seis capítulos que integran el libro, esos intelectuales de la comunicación fueron marxistas o estructuralistas –aunque compartieron el ímpetu modernizador–, o se inscribieron en el nacionalismo popular sin dejar de pensar su intervención en clave vanguardista. En la perspectiva propuesta, más allá de cualquier subperiodización, el modo en que esas tradiciones se desplegaron y asumieron posiciones predominantes en uno u otro momento terminará siendo el prisma fundamental para reconstruir la historia del campo de los estudios en comunicación y cultura. Un modelo de lectura que se caracteriza por priorizar el análisis de ciertos momentos fuertes por sobre la puesta en evidencia de una serie de discontinuidades y por señalar la supervivencia de determinados elementos teóricos y culturales que a lo largo de las dos décadas transcurridas entre los años 60 y

los 80 trascendieron sus contextos de emergencia transformándose profundamente, pero sin desaparecer.

Sin duda uno de los aspectos polémicos del libro es la definición de trabajar con una escala “nacional”. Nuevamente aquí la propuesta de Zarowsky intenta constituir una alternativa a las historias del campo que se realizaron fundamentalmente desde una mirada regional. El autor explicita una fundamentación. No se trata de obviar la presencia en el proceso local de obras y autores que trascienden esa escala ni de desconocer las redes de producción regionales que se gestaron en aquellos años; mucho menos se trata de la existencia de una camada de intelectuales argentinos dotados de una sensibilidad especial. Su tesis es que la convergencia de una serie de particularidades históricas dio lugar a ciertos rasgos que terminarían caracterizando al pensamiento sobre la comunicación que se generó en el país en esta etapa inicial.

A lo largo de los capítulos tal perspectiva aparece justificada haciendo referencia a ciertas circunstancias. Entre las cuales vale la pena apuntar el hecho de que en la Argentina de los años sesenta la entrada en valor del debate sobre la cultura de masas es incomprensible sin contemplar como telón de fondo el debate desarrollado en aquellos años sobre la experiencia peronista. En el mismo sentido, aparecen trabajadas las particularidades que tuvo el proceso de modernización de las ciencias sociales en los diez años que siguieron a la caída

del peronismo, en el marco de un sistema universitario y científico público en expansión, y sus efectos en el proceso de emergencia, hacia fines de esa década, de una capa de intelectuales que formados en distintas disciplinas asumió como propio el trabajo sobre los medios de comunicación y la cultura popular y masiva. Finalmente, el autor también toma nota del fenómeno de nacionalización de las izquierdas y de “peronización” de una amplia franja de la intelectualidad autóctona, sin el cual es difícil comprender cómo, en el incipiente campo de los estudios en comunicación y cultura en Argentina, surgieron los planteos sobre los límites del análisis estructural de los discursos y la constitución de un temprano culturalismo y de una vertiente de estudios sobre cultura popular.

Como ya señalamos, cada capítulo del libro aporta un examen minucioso acerca de momentos clave en la conformación del campo de los estudios en comunicación y cultura en Argentina, en base a una serie de itinerarios intelectuales. Antes que nada podemos decir que el trabajo de Zarowsky logra evitar con solvencia dos peligros que acarrea la estructura elegida: no cae en la reiteración de datos ampliamente transitados ni en una mirada que por lo abarcativa podría terminar siendo demasiado panorámica.

Una valoración global nos lleva a plantear que en su trabajo sobre los itinerarios de las figuras centrales del campo el autor logra iluminar zonas

poco exploradas en otros trabajos que han asumido como propio el mismo objeto de estudio. En este sentido podemos mencionar la indagación de los cruces entre vanguardia estética y vanguardia teórica en la labor de Verón y Masotta en el Instituto Di Tella; la lectura que propone del itinerario de Ford, en base a la recuperación de sus experiencias en la industria editorial, en la crítica literaria y en la revista *Crisis*, junto con sus clases en la Universidad de Buenos Aires durante 1973; el rescate de las múltiples inserciones en las que Muraro produjo su obra sobre los medios de comunicación de masas a comienzos de los años 70; y el análisis de los vínculos que existieron entre los debates del exilio argentino en México y la evolución del pensamiento sobre la comunicación y la cultura en su etapa de institucionalización inmediatamente posterior.

A su vez, en otros pasajes Zarowsky propone una versión más completa de las trayectorias y las producciones que sí han sido objeto de indagaciones sistemáticas. Tal es el caso del trabajo que realiza sobre los desplazamientos que existen en la obra de Rest respecto del problema de la cultura de masas y la función de los intelectuales en las sociedades modernas. Y del modo en que transita la trayectoria intelectual de Schmucler desde el prisma de su actividad editorial y su desempeño en una serie de revistas culturales clave para el período, en el marco de los procesos de conformación de la nueva izquierda

y la peronización de una franja significativa de la intelectualidad de izquierda local.

A partir de todo lo dicho, el libro de Zarowsky cumple los objetivos que se propone. Es cierto que pueden plantearse algunos señalamientos como no detenerse lo suficiente en algunos episodios como la creación de la Asociación Argentina de Semiótica (fundada en 1970) o en la constitución de las primeras cátedras y seminarios referidos a la comunicación y la cultura en la Universidad de La Plata y posteriormente en la de Buenos Aires durante 1973. A su vez, puede ser adecuada la valoración del efecto global que indefectiblemente tiende a imponer la sumatoria de itinerarios sobre la posibilidad de demostrar más fehacientemente los cruces y las disputas político-culturales en las que los distintos agentes individuales y colectivos estuvieron implicados. O, como el mismo autor deja planteado

en el epílogo, hubiera sido productiva una mayor indagación de las derivaciones que tuvo el hecho de que, durante el período abordado, esos intelectuales de la comunicación se desempeñaron en una trama de cruces inéditos entre vanguardia cultural, mercado editorial y compromiso político.

Sin embargo, ninguno de estos señalamientos niega la cuestión de fondo. Es decir, que el libro de Zarowsky constituye un aporte relevante para los estudios de comunicación y cultura en la región y para la historia cultural de los años 60 y 70 en la Argentina. Y, lo que no es menor, un posible factor de inspiración para otros trabajos similares.

ADRIAN PULLEIRO
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CONICET

Rafael Gaune.

Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII.

Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016, 486 págs.

Rafael Gaune propone en esta obra un recorrido interpretativo a través de distintas imágenes de los misioneros jesuitas en Chile, desde los primeros años de la Compañía en Santiago hasta el periodo de la guerra defensiva (1612-1626). Esta propuesta la realiza mediante el análisis de una notable variedad de escritos jesuitas: desde epístolas hasta tratados, pasando por cartas anuas, manuscritos y todo tipo de documentación propia del quehacer intelectual de los miembros de la Compañía. Un simple vistazo a la bibliografía da cuenta de la variedad de fuentes archivísticas con las que le autor ha trabajado, situadas entre Roma, Sevilla, Madrid y Santiago. De hecho, el volumen supone una puesta a punto y una reorganización de un largo periodo de investigación, vivido por el autor entre Italia y Chile, con visitas esporádicas a otras universidades europeas y americanas.

El primer capítulo está dedicado al “deseo (periférico) de las Indias”, y aborda los treinta años anteriores a la llegada de la Compañía a Chile. El autor realiza aquí un estudio de las cartas “indipetae”, en las que los jesuitas expresaban su deseo de ser misioneros en las Indias, además de textos fundacionales de la orden y correspondencia entre Roma y América. Su objetivo es examinar “las dos vías del deseo de las Indias en los jesuitas: arribar a las Indias occidentales y las nuevas convicciones de expansión, conversión y disciplinamiento de poblaciones indígenas que aparecían una vez instalados en América” (85). Así, según esta tesis, la expansión de la Compañía en las Indias, especialmente en Chile, parte de una estrategia conservadora, de “adaptación y prudencia”, durante el generalato de Francisco de Borja; para pasar, a manos de Everardo Mercuriano y Claudio Aquaviva, a una segunda fase de

discusión, organización y proyección de la Compañía en todo el Cono Sur. Esta nueva estrategia es interpretada desde las nociones historiográficas de disciplinamiento y confesionalización del indígena.

A partir de esta constatación, Gaune propone analizar a los primeros jesuitas arribados a Chile en tanto que “traductores de su tiempo” (117), es decir, en tanto que intérpretes de una nueva realidad (espacial y social) que necesitan descifrar antes de poder evangelizarla de manera efectiva (en línea con la perspectiva de la “traducción cultural” propuesta por Peter Burke y Ronnie Po-Chia Hsia). Así, el análisis de las cartas de Luis de Valdivia entre 1593 y 1598 sirve, por ejemplo, para testimoniar la aplicación doctrinal jesuita de prácticas cristianizadoras en la vida cotidiana de la ciudad de Santiago, conducentes al control de los cuerpos de los cristianizados, la organización de su tiempo y la utilización del espacio común para tal fin (127). Más adelante, la carta anua de 1597, testimonio de la primera misión larga de los jesuitas al sur del Biobío, sirve para analizar su estrategia de “adaptación a la guerra”. Por último, al hilo de la política misionera jesuita, el autor analiza dos imágenes literarias de Chile ligadas a la expansión meridional de la Compañía: la del reino de la precariedad (149) y del campo privilegiado para el consiguiente proyecto de salvación.

El segundo capítulo profundiza la dimensión global del misionar jesuita

en Chile. Su título, “Itinerarios epistolares entre Chile y Roma”, remite al intercambio y la circulación cartácea, pero Gaune va más allá para analizar también imágenes, metáforas y conceptos que conectan, en el imaginario jesuita, América y Europa, Chile y Roma. Situado ya en el marco del proyecto de guerra defensiva de Luis de Valdivia, el autor analiza el intercambio epistolar entre la Corona, la Santa Sede, los provinciales jesuitas y el gobernador. A través de este análisis -en el cual la sede apostólica juega un papel más bien pasivo-, vemos desplegarse la transición, entre 1606 y 1610, de una actitud militante de la Corona frente a la guerra a otra más pacifista (159). Acto seguido el autor analiza la adaptación jesuita al escenario bélico, transitando por diversas fuentes documentales que sirven para situar la escena local en una dimensión global. Así, los diferentes pareceres de Aquaviva y Horacio Vecchi sobre la “calidad” de los misioneros que necesita Chile muestran cómo “la fisonomía y los objetivos de la misión dependían también de otras realidades” de carácter global (188).

Este tema permite a Gaune proponer una nueva imagen del misionero como “hacedor” (en referencia al cuento de Borges), es decir, como creador de una imagen del mundo que hace circular por los distintos canales de comunicación global a disposición de los miembros de la Compañía. Un estudio de las cartas anuas de la Provincia de Chile, escritas entre 1608 y 1625, per-

mite al autor mostrar el modo en que la elaboración retórica de las mismas genera una realidad literaria e imaginaria que no podemos, en ningún caso, tomar como mera descripción de hechos. Así, estos documentos ponen en práctica un “ejercicio narrativo multiforme” en el que encontramos comentarios de otros textos, incorporación de otras escrituras, ejercicios narrativos de teatralidad simbólica, proyección de esquemas retóricos ciceronianos y ambiciones propias de la razón de estado monárquica. Todo para configurar “ese paciente laberinto de líneas” (217) que el autor recorre, mostrando la variedad y complejidad de la trama que teje la escritura jesuita, a través de la cual se dibuja un mundo imaginario y a la vez real.

El tercer capítulo retoma el marco de la guerra defensiva para adentrarse en el ejercicio de “composición de la paz” realizado por la Compañía, paz que se modela “por el intento de resolución de conflictos impuesta por el disciplinamiento político-religioso, la aceptación de la paz entre partes asimétricas, la regulación de un orden, la gestión de las paces privadas y públicas y, sobre todo, formar un espacio geográfico de exclusión territorial en donde se reproduzca la universalidad de la paz cristiana, dejando de lado el estado de guerra permanente” (222). Aquí Gaune se apoya en la bibliografía sobre la paz y el perdón como prácticas judiciarias y negociadas (muy influyente en ámbito italiano) para ofrecer una perspectiva sobre el proyecto de guerra

defensiva de Valdivia que complejiza la idea de paz que persigue. Temas clásicos, como el debate en torno al “servicio personal”, son revisitados desde esta perspectiva, que se traduce en la convicción, por parte de los jesuitas, de la necesidad de establecer una paz y un perdón regulados a través de un cuadro de referencia jurídico como condición necesaria para la “profunda y verdadera cristianización” (235).

Consecuentemente con el imaginario bélico, en este capítulo Gaune propone entender al jesuita como “sismógrafo”, es decir, como un actor de la guerra sensible a las distintas sacudidas y temblores propios de las distintas fases del conflicto, según los cambios en la política imperial o romana. Así, el autor sigue las dinámicas de la guerra para plantear la tesis de una convergencia, en 1608, entre el pensamiento jesuita, la Audiencia de Lima y la Junta de Guerra en Madrid, todos interesados en modificar el estado de guerra y paz mediante una modificación del trabajo indígena (254). Tal como atestigua la serie de reales cédulas examinadas en este capítulo, la política jesuita respecto de los indígenas encuentra eco en una nueva política global de paz (la “pax hispanica”) emprendida por Felipe III, que ve en Valdivia un instrumento universal no solo de la Compañía, sino también de los “negocios” de la Monarquía en torno a la guerra y la paz (261). Cierra el capítulo un ensayo sobre la construcción de la imagen del *ulmén* Anganamón en la literatura militar

(Diego Arias de Saavedra y Francisco Núñez de Pineda) y jesuita (Diego de Rosales y Alonso de Ovalle). El araucano simbolizaría, desde esta lectura, “la simulación de la paz y las contradicciones de la cristianización en un territorio no sometido” (292).

Finalmente, el último capítulo está dedicado a “los rostros de la guerra defensiva”. De nuevo, el autor retoma este proceso histórico para abordar, ahora, diversos aspectos religiosos y jurídicos que escapan a la tradicional lectura política. Así, el autor relaciona, en primer lugar, las prácticas y el imaginario misionero de Valdivia con sus lecturas, a partir de los libros que el jesuita pidió al procurador general de la provincia, Alonso Mejía (307), y que empezaban a conformar la biblioteca del Colegio Máximo de San Miguel. En segundo lugar, encontramos un acercamiento a la dimensión religiosa del proyecto de guerra defensiva, definido como “rito de paso” dirigido a convertir cuerpo y alma de los indígenas y transformar, con ello, el espacio de la guerra (323). En tercer lugar, la obra se detiene en la terminología jesuita de la conversión misionera, profundizando en el uso de conceptos como “amansar”, “agasajar” o “ablandar” (338). En cuarto lugar, el autor propone interpretar el martirio en el epistolario valdiviano como una poética política, dentro de la cual una primera reacción más belicosa va dejando paso, en la escritura del jesuita, a un uso político del martirio dirigido a defender su proyecto de guerra defensiva (356).

En quinto lugar, Gaune encuadra el fracaso del proyecto de Valdivia dentro de lo que denomina “el antijesuitismo interno” de la Compañía, centrándose en la oposición a Valdivia al interno de la orden y contextualizándolo en el generalato de Muzio Vitelleschi, más inclinado a la prudencia y el trabajo estrictamente confesional (393). Por último, el autor plantea un análisis de la obra tardía de Valdivia, redactada en el “exilio español”, que la contextualiza dentro de las lecturas y las influencias del jesuita, por un lado, y por otro la conecta con su experiencia previa en América. Surge así la imagen del jesuita como descifrador de su propio pasado.

La última imagen del misionero la propone Gaune en el epílogo de su obra: el jesuita en Chile es un topógrafo, alguien que modela el espacio local dialogando con la escala global a través de la circulación de información, la mediación política, los intercambios epistolares, la relación política con la monarquía hispánica, los lineamientos de los generales de la Compañía y las propuestas jurídicas que emergieron “desde abajo” (428). Esto deja patente, para el autor, la importancia de la producción de localidad para la historia global (siguiendo, aquí, los lineamientos microhistóricos que historiadores como Anaclét Pons posicionan en relación con la historia global). Por último, frente al fracaso de la guerra defensiva en el plano político, Gaune destaca su papel como hito que permitió la con-

sagración del proyecto religioso de la Compañía en Chile.

Estamos ante un libro heterogéneo y ecléctico, que reúne una apreciable variedad de reflexiones, miradas y propuestas interpretativas sobre temas que, por otra parte, son recurrentes. La imagen que guía y da cohesión a esta variedad es la del “caleidoscopio global jesuita”, que encontramos ya en el mismo prólogo y que nos da la clave de bóveda de la propuesta historiográfica del autor. Así, cada capítulo de este libro es, de algún modo, el resultado de un movimiento que el historiador realiza en el caleidoscopio y que nos devuelve, por tanto, una imagen cada vez distinta de un mismo sujeto histórico: el misionero.

Por otra parte, desde su mismo título la obra se presenta no como un estudio sobre el pasado, sino sobre el modo en que ese pasado ha sido escrito, relatado e incluso concebido por sus mismos protagonistas o sus testimonios. De ahí la constante atención, a lo largo del libro, a la forma de decir, al peso de las palabras empleadas por los jesuitas y, en menor medida, los demás protagonistas letrados del libro. Esta atención se traduce en la práctica del detenimiento y la paciencia, en una lectura sin prisas que se demora en los distintos significados de la terminología empleada por los jesuitas para desvelar, así, distintos planos compositivos e interpretativos de la fuente (lo vemos en los análisis de la retórica de las cartas anuas, por ejemplo). El autor nos descu-

bre, de ese modo, los distintos hilos que, dentro de un texto y en la comunicación que se establece con otros, forman una trama de pensamiento, representación y construcción de una imagen determinada del pasado. No en vano, metáforas textiles como las referentes a las tramas y las texturas son de uso común a lo largo de la obra. Es de agradecer que la cantidad innegable de fuentes utilizadas no entorpezca esa morosidad de la lectura, que de algún modo reivindica la filología como saber necesario para comprender las representaciones escritas del pasado (en línea, de nuevo, con la escuela historiográfica italiana, que el autor conoce bien).

Así, lejos de entender las fuentes de la época como reflejos inmediatos del pasado que describen, Gaune se preocupa por el actor y el testigo, por los mediadores y por su forma de representar y representarse la realidad, incluso de “generar” realidad a través de su escritura (la participación política de Valdivia en el proyecto defensivo). El resultado es el desvelamiento de esa cualidad reconstructiva del “hecho en sí” que posee todo relato, lo que supone ejercer una mirada crítica, desconfiada sobre el mismo. No podemos escapar a la mirada del testigo, pero el estudio de los modos de construcción de esa mirada, de la forma en que se ha expresado, de la circulación de que ha sido objeto, del modo en que se relaciona con miradas afines u opuestas; todo eso logra un compromiso con la idea de verdad histórica que, lejano de los postulados

positivistas, no cede a la tentación del relativismo histórico.

Atento lector de Michel de Certeau, Gaune también se muestra consciente de que el relato del historiador constituye otra mediación: es él quien propone las diversas imágenes del misionero jesuita. Esta certeza tal vez explica el juego iconológico que, sin mediar explicación, la obra propone al lector a través de la inclusión de una serie de grabados contenidos en fuentes de la época, cada uno comentado por dos académicos. Como autor de uno de esos comentarios, debo confesar que al principio no comprendí plenamente el sentido de esa propuesta, ese juego de espejos en el que el lector ve reflejadas dos interpretaciones distintas, pero historiográficamente válidas, de una misma fuente. En esos breves comentarios se descubren y se realzan, por comparación, la variedad de intereses, experiencias y presupuestos que conforman la mirada del historiador. Gaune ilustra, así, la subjetividad del relato historiográfico recordando, a su vez, cómo este se conforma en torno al objeto que lo legitima y justifica: la fuente. El calei-

doscopio es, en el fondo, un juego de espejos.

Inevitablemente, la obra presenta algunos detalles mejorables: ciertas repeticiones en determinados pasajes; una terminología un tanto abstrusa en algunas ocasiones; y algunas erratas que escaparon a la revisión final de la obra. Sin embargo, esto no oscurece la certeza de que nos hallamos ante una obra audaz y, al mismo tiempo, erudita, dirigida a un público iniciado en la materia. Así, no espere encontrar el lector una introducción ni un cuadro general, pues no estamos ante un ejercicio de síntesis, sino de interrogación y desciframiento de fuentes textuales que nos devuelve imágenes variadas y multi-formes no de los hechos, sino de sus protagonistas y testigos. Las posibles lecturas que nos propone suponen un valioso ejercicio muy a tener en cuenta por parte de los historiadores, no solo los dedicados a la Compañía.

MARIO PRADES VILAR
UNIVERSIDAD NACIONAL
ANDRÉS BELLO